

La Cuchara de Plata

Una comedia moderna

John Galsworthy

Traducción de Susana Carral



ENTREACTO

Un Cortejo
Silencioso



EN FEBRERO DE 1924, Jon Forsyte, convaleciente de la gripe, se encontraba sentado en el salón de un hotel de Camden, Carolina del Sur. Poco a poco, su brillante cabello empezaba a crecerle otra vez. Estaba leyendo algo relacionado con un linchamiento.

Una voz a su espalda dijo:

—¿Vendrá con nosotros de merienda a los túmulos indios?

Al levantar la mirada del texto, vio a un joven conocido, llamado Francis Wilmot, que provenía de un lugar aún más al Sur.

—Encantado. ¿Quién más irá?

—Los señores de Pulmore Hurrison y ese novelista inglés, Gurdon Minho, las chicas Blair y sus amigas, y mi hermana Anne y yo. Puede usted ir a caballo, si desea hacer ejercicio.

—De acuerdo. Esta mañana han llegado caballos nuevos desde Columbia.

—¡Estupendo! Mi hermana y yo también iremos a caballo y algunas de las Blair. Que los Hurrison lleven a los demás.

—Oiga —comentó Jon—, este caso de linchamiento es algo terrible.

El joven al que se dirigía se apoyó en la ventana. Jon se fijó en su rostro, que parecía de marfil, el cabello y los ojos oscuros, la nariz y los labios estrechos, y su actitud grácil y relajada.

—Todos los británicos se enfurecen cuando leen sobre los linchamientos. Ustedes no tienen el problema de los negros allí arriba, donde vive, en Southern Pines. En Carolina del Norte ni siquiera se habla de eso.

—No, y no voy a decir que lo entiendo. Pero no veo por qué no se puede tratar a los negros igual que se trata a los blancos. Tal vez existan casos en los que sea necesario disparar al instante, pero no entiendo que defiendan la ley del linchamiento. Cuando se atrapa a un hombre, se le debería juzgar como es debido.

—No queremos arriesgarnos con esa clase de problemas.

—Pero, si no se les juzga, ¿cómo saben que son culpables?

—Preferimos perder a un negrito inocente de vez en cuando que poner en peligro a nuestras mujeres.

—Yo diría que no hay nada peor que matar a un hombre por algo que no ha hecho.

—Tal vez en Europa, pero no aquí. Aún queda mucho por civilizar.

—¿Qué opinan en el Norte de los linchamientos?

—Se quejan un poco, pero no pueden hacer nada. Nosotros tenemos a los negros y ellos a los pieles rojas, y no los tratan de forma muy distinta.

Jon Forsyte inclinó hacia atrás su mecedora con gesto perplejo.

—Creo que en este país aún queda mucho espacio libre —dijo Francis Wilmot— y eso facilita que la gente se desmande. Por eso cuando estamos convencidos de una cosa, nos tomamos la justicia por la mano.

—Bueno, cada país tiene sus costumbres. ¿Qué túmulos son esos a los que vamos?

—Viejos restos de enterramientos indios que se remontan a varios miles de años, o eso dicen. ¿Aún no conoce a mi hermana? Llegó ayer por la noche.

—No. ¿A qué hora saldremos?

—A mediodía. El paseo entre los bosques nos llevará una hora.

Así que al mediodía, con su equipo de montar, Jon se acercó a los cinco caballos, ya que más de una de las chicas Blair había decidido acompañarlos. Empezó camino entre ellas mientras que Francis Wilmot iba delante con su hermana.

Las Blair eran jóvenes y bonitas, de esa belleza norteamericana de rostro pequeño y piel de un tono intermedio a la que se había acostumbrado durante los dos años y medio que llevaba en Estados Unidos. Al principio fueron terriblemente silenciosas y luego terriblemente ruidosas. Montaban a horcajadas y, además, lo hacían muy bien. Jon se enteró de que ellas y los organizadores de la merienda, los señores de Pul-

more Hurrison, vivían en Long Island. Le hicieron muchas preguntas sobre Inglaterra, para las cuales Jon, que la había abandonado a los diecinueve años, se inventó gran parte de las respuestas. Comenzó a mirar con anhelo, entre las orejas de su caballo, hacia Francis Wilmot y su hermana, que lo precedían a medio galope en un silencio de lo más tranquilo, o esa sensación daba desde lejos. Atravesaron pinares de árboles espigados y escasos y un terreno bastante arenoso. La luz del sol aportaba claridad y calidez, el aire aún resultaba fresco. Jon llevaba un caballo alazán de paso corto y se sentía como solemos sentirnos el primer día de salud recuperada.

Las Blair querían saber qué opinaba del novelista inglés: se morían por ver a un verdadero intelectual. Jon sólo había leído uno de sus libros y de todos los personajes únicamente recordaba a una arpía. Las Blair no habían leído nada suyo, pero sí habían oído comentar que sus arpías eran “de lo más monas”.

Francis Wilmot refrenó por delante de ellos y señaló un túmulo enorme que, desde luego, parecía no haberse formado de manera natural. Todos aminoraron la marcha, lo miraron un par de minutos en silencio, opinaron que resultaba muy interesante y siguieron camino. En una hondonada, los ocupantes de dos coches desembarcaban los alimentos. Jon se llevó los caballos para atarlos junto a los de Wilmot y su hermana.

—Esta es mi hermana —dijo Francis Wilmot.

—Señor Forsyte —saludó la hermana.

La joven miró a Jon y Jon miró a la joven. Era delgada, pero el abrigo tres cuartos, los bombachos y las botas le conferían

un aspecto claramente firme. El cabello corto y oscuro sobresalía bajo un sombrero de fieltro marrón claro. El rostro era de piel muy clara, aunque un tanto bronceada, y parecía reflejar una especie de entusiasmo contenido: la frente ancha y despejada, la nariz recta y ligeramente respingona, la boca sin enrojecer, ancha y hermosa. Pero lo que sorprendió a Jon fueron sus ojos, porque coincidían exactamente con lo que él pensaba que debían ser los ojos de una ninfa. Levemente almendrados, eran serenos, castaños y tentadores. No se atrevía a decir si al mirar bizqueaban un poco, pero en caso de que así fuese, era para mejor. Se sintió tímido. Ninguno de los dos habló.

Francis Wilmot comentó:

—Creo que tengo hambre. —Y echaron a andar juntos hacia las provisiones.

Jon le dijo de repente a la hermana:

—Así que acaba usted de llegar, señorita Wilmot.

—Sí, señor Forsyte.

—¿De dónde?

—De Naseby. Se encuentra entre Charleston y Savannah.

—¡Oh, Charleston! Me gustó.

—A Anne le gusta más Savannah —dijo Francis Wilmot.

Anne asintió. Al parecer, no era muy habladora, aunque en pequeñas dosis su voz resultaba agradable.

—El lugar donde vivimos resulta muy solitario. Casi todos son negros. Anne nunca ha charlado con un inglés.

Anne sonrió. Jon sonrió. Ninguno continuó con el tema. Llegaron junto a las provisiones, desplegadas de una forma calculada para producir el máximo esfuerzo, tanto muscular

como digestivo. La señora de Pulmore Hurrison, una dama de rasgos definidos que rondaba los cuarenta, se sentaba con los pies hacia arriba; junto a ella, Gurdon Minho, el novelista inglés, con las piernas en una postura más recatada; y luego venía una buena cantidad de chicas sentadas, todas ellas de piernas hermosas y sin recato; el señor Pulmore Hurrison, un tanto apartado, fruncía su boca pequeña al enfrentarse al corcho de una botella grande. Jon y los Wilmot también se sentaron. La merienda había comenzado.

Jon enseguida se dio cuenta de que todos esperaban que Gurdon Minho dijera algo más que “sí”, “¡no me diga!”, “¡ah!” y “¡caramba!”. No fue así. Al principio, el célebre novelista estuvo casi exasperadamente atento a todo lo que decían los demás y luego pareció entrar en coma. Jon sintió una decepción patriótica, ya que él hablaba aún menos que el otro. Se dio cuenta de que las tres chicas Blair y sus dos amigas urdían una especie de conspiración para interrogar al silencioso inglés en un momento más íntimo. La callada hermana de Francis Wilmot lo confortaba: presentía que ni contarían con ella en la conspiración ni ella se sentiría inclinada a formar parte de la misma. Se refugió en repartir las provisiones y se alegró cuando el período de constreñir los estómagos llegó a su fin. Las meriendas eran como la Navidad: se veían mejor desde el futuro o el pasado que en el presente. Después del lapso normal de separación por géneros, se recogieron las cestas y se guardaron en los automóviles. Los dos coches partieron hacia otro túmulo que quedaba a dos millas de distancia. Francis Wilmot y las dos chicas Blair decidieron regresar para

ver el partido de polo. Jon le preguntó a Anne Wilmot qué deseaba hacer. Ella eligió ver el otro túmulo.

Montaron y tomaron un sendero que discurría entre los bosques, en silencio hasta que Jon dijo:

—¿Le gusta ir de merienda al campo?

—Desde luego que no.

—A mí tampoco. ¿Y montar a caballo?

—Es lo que más me gusta del mundo.

—¿Más que bailar?

—Sin duda. ¡Montar y nadar!

—¡Ah! Ya me parecía que... —Y guardó silencio.

—¿Qué le parecía a usted?

—No sé, pero tuve el presentimiento de que era buena nadadora.

—¿Por qué?

Jon dijo, algo avergonzado:

—Por sus ojos...

—¿Por qué? ¿Parecen de pez?

Jon se rió.

—No exactamente. Son como los de las ninfas de las aguas.

—No sé muy bien si eso es un cumplido.

—Por supuesto que lo es.

—Yo creía que las ninfas no eran decentes.

—¡Oh! Las de las aguas sí. Aunque son muy tímidas.

—¿Hay muchas en Inglaterra?

—No. La verdad es que nunca había visto una, hasta ahora.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Por una noción general de cómo deben ser.

—Supongo que habrá recibido una educación clásica. ¿No la reciben todos en Inglaterra?

—Ni mucho menos.

—¿Le gusta Norteamérica, señor Forsythe?

—Mucho, aunque a veces siento nostalgia.

—Me encantaría viajar.

—¿Nunca lo ha hecho?

Ella negó con la cabeza.

—Me quedo en casa y me ocupo de todo lo de allí. Aunque creo que tendremos que venderla. El algodón ya no rinde como antes.

—Yo cultivo melocotones cerca de Southern Pines, en Carolina del Norte, y, de momento, eso rinde.

—¿Vive allí solo?

—No. Con mi madre.

—¿Es inglesa?

—Sí.

—¿Tiene padre?

—Falleció hace cuatro años.

—Francis y yo somos huérfanos desde hace diez años.

—Me gustaría que los dos vinieran algún día a visitarnos.

Mi madre estaría encantada.

—¿Se parece a usted?

Jon se rió.

—No. Ella es guapa.

Los ojos lo miraron con seriedad, los labios sonrieron levemente.

—Me encantaría ir, pero Francis y yo no podemos ausentarnos a la vez.

—Sin embargo, ahora están los dos aquí —dijo Jon.

—Mañana regresamos. Yo quería ver Camden. —Los ojos reanudaron su estudio constante del rostro de Jon—. ¿Por qué no viene usted con nosotros a ver nuestra vieja casa? A Francis le encantaría que nos acompañara.

—¿Siempre sabe lo que le gustaría a su hermano?

—Desde luego.

—Eso debe ser estupendo. Pero ¿de verdad quiere usted que vaya?

—Por supuesto que sí.

—Me encantaría. Odio los hoteles. Quiero decir... bueno... ya me entiende... —Pero como él no lo entendía, tampoco estaba seguro de que ella lo entendiese.

La joven tocó su caballo y el animal pasó a medio galope.

Mientras recorrían los senderos del pinar eterno, el sol les daba en los ojos. Las agujas de pino, la resina y las hierbas emitían un cálido aroma, el terreno era arenoso y blando, los caballos estaban de buen humor. Jon se sintió feliz. La chica tenía unos ojos extraños, tentadores, y montaba incluso mejor que las Blair.

—Supongo que todos los ingleses montan bien —dijo ella.

—La mayoría, si es que montan. Pero ahora ya no montamos tanto.

—Me encantaría ver Inglaterra. Nuestra familia llegó de allí en 1700. Del condado de Worcester. ¿Dónde queda?

—Es nuestro Medio Oeste —respondió Jon—. Pero no se parece en nada al de aquí. Es una zona muy bonita en la que se cultiva fruta, de casas de madera pintadas en blanco, pas-

tos, huertos, bosques, verdes colinas. Durante unas vacaciones, hice una excursión a pie hasta allí, con un compañero de estudios.

—Qué bonito debe ser. Nuestros antepasados eran católicos. Tenían una propiedad llamada Naseby, por eso la nuestra se llama así. Aunque mi abuela era criolla francesa, de Lousiana. ¿Es cierto que en Inglaterra creen que los criollos tienen sangre negra?

—Somos muy ignorantes —dijo Jon—. Pero yo sé que se llama criollas a las viejas familias españolas y francesas. Ustedes dos tienen aspecto de llevar sangre francesa en las venas.

—Francis sí. ¿Habremos dejado atrás el túmulo? Ya hemos recorrido por lo menos cuatro millas y tenía entendido que sólo estaba a dos.

—¿Le preocupa mucho? El otro túmulo estaba bastante sobrevalorado.

Los labios sonrieron. Parecía que nunca llegaba a reír.

—¿Qué indios había por aquí? —preguntó Jon.

—No estoy muy segura. Creo que los semínolas. Pero Francis dice que esos túmulos son muy anteriores a las tribus actuales. ¿Qué le hizo venir a Norteamérica, señor Forsyte?

Jon se mordió el labio. Explicarle el motivo —una disputa de familia, una historia de amor interrumpida— no le pareció posible.

—Primero me trasladé a la Columbia británica, pero no me fue demasiado bien. Entonces oí hablar del cultivo de melocotones en Carolina del Norte.

—Pero ¿por qué se fue de Inglaterra?

—Supongo que quería ver mundo.

—Sí —dijo ella.

Fue un sonido discreto que indicaba comprensión. Jon se sintió muy satisfecho porque en realidad la joven no lo había entendido. La imagen de su primer amor ya no lo rondaba a menudo: hacía un año o más que no se le aparecía, tan ocupado lo habían tenido los melocotones. Además, Holly le había escrito diciendo que Fleur tenía un niño. De repente, dijo:

—Creo que deberíamos regresar. ¡Fíjese en el sol!

El sol ya estaba por detrás de los árboles.

—¡Caramba! ¡Sí!

Jon hizo dar la vuelta a su corcel.

—Vayamos al galope. Se habrá puesto en media hora y la luna no sale hasta tarde.

Regresaron al galope por el sendero. El sol se ocultaba incluso más rápido de lo que Jon había pensado, el aire se iba enfriando y la luz se tornaba gris. De repente, Jon refrenó.

—Lo siento mucho, pero me parece que no seguimos el mismo sendero por el que vinimos desde el lugar donde merendamos. Creo que nos hemos desviado a la derecha. Los senderos son todos iguales y estos caballos llegaron ayer desde Columbia, no conocen la zona mejor que nosotros.

La joven se rió.

—Nos perderemos —dijo.

—Sí. Y no será una broma en estos bosques. ¿Es que nunca acaban?

—Creo que no, por aquí no. Esto es una aventura.

—Sí, pero se enfriará usted. Por la noche hace mucho frío.

—¡Y usted acaba de pasar una gripe!

—Oh, eso no importa. Aquí a la izquierda hay un sendero. ¿Continuamos adelante o nos desviamos por él?

—Vamos por él.

Pasaron a medio galope. Ya estaba demasiado oscuro para galopar y pronto lo estaría también para ir a medio galope. Y el sendero no dejaba de serpentear.

—Vaya situación la nuestra —dijo Jon—. Lo lamento.

Concentró la mirada en la joven que cabalgaba a su lado y consiguió ver su sonrisa.

—¿Por qué? ¡Es muy divertido!

Se alegraba de que ella pensara así, pero no estaba de acuerdo.

—He sido un idiota. Su hermano se enfadará mucho conmigo.

—Sabe que estoy con usted.

—Si hubiésemos traído una brújula... A este paso podríamos pasar toda la noche fuera. ¡Otra desviación! Cielos, esto se va a poner muy oscuro.

Casi mientras hablaba, lo poco que quedaba de luz se apagó. A cinco metros, la veía a duras penas. Se adelantó para situarse a su lado y ella le tocó la manga.

—No se preocupe —aconsejó ella—, porque eso lo estropea todo.

Cambió las riendas de mano y apretó la de ella.

—Es usted magnífica, señorita Wilmot.

—¡Oh! Llámeme Anne. Los apellidos resultan muy fríos cuando se está perdido.

—Muchas gracias. Yo me llamo Jon. Sin h. Verá, es abreviatura de Jolyon.

—Jolyon... Jon. Me gusta.

—Anne siempre ha sido mi nombre preferido. ¿Nos detenemos hasta que salga la luna o seguimos adelante?

—¿Cuándo sale la luna?

—Creo que sobre las diez, a juzgar por lo que pasó anoche. Y será casi llena. Pero aún no son más que las seis.

—Pues sigamos adelante y que decidan los caballos.

—De acuerdo. Aunque estoy seguro de que si se dirigen a algún sitio, será hacia Columbia, que debe estar a muchas millas de distancia.

Continuaron por el estrecho sendero a paso lento. Era noche cerrada. Jon dijo:

—¿Tiene frío? Entrará en calor si camina. Yo iré delante, usted acérquese lo bastante como para no perderme de vista.

Se adelantó y desmontó, porque él también tenía frío. Entre la masa interminable de árboles el silencio era total y no se veía luz alguna.

—Ahora sí que tengo frío —dijo la voz de Anne—. Yo también desmontaré.

Quizás llevasen media hora caminando así, guiando a sus caballos y avanzando casi a tientas, cuando Jon dijo:

—¡Mire! Ahí hay una especie de claro. ¿Qué es esa oscuridad a la izquierda?

—Un túmulo.

—¿Cuál de ellos será? ¿El que vimos, el otro, o ninguno de los dos?

—Creo que será mejor que nos detengamos aquí hasta que salga la luna, así tal vez podamos ver de cuál se trata y nos orientemos sin problemas.

—Tiene razón. Supongo que habrá pantanos. Ataré los caballos a sotavento y buscaremos un recoveco. Hace frío de verdad.

Ató los caballos en un lugar protegido del viento y, al darse la vuelta, se la encontró a su lado.

—Esto resulta espeluznante —dijo ella.

—Buscaremos un sitio protegido y cómodo y nos sentaremos.

La cogió del brazo y empezaron a recorrer el perímetro del túmulo.

—Ahí —dijo Jon de repente—. Han estado excavando. Estará resguardado. —Tanteó el terreno—. Está seco. Sentémonos y charlemos un rato.

Uno junto al otro, las espaldas contra la pared del hueco excavado, encendieron unos cigarrillos y escucharon el silencio. Pero, excepto algún resoplido o suave piafar de los caballos, no se oía nada. Los árboles y el viento se encontraban demasiado dispersos para componer melodías y allí no parecía haber más vida que la de ellos y sus caballos. Sólo veían un cielo muy oscuro tachonado de estrellas y la tiniebla aún más profunda de los troncos de los pinos. ¡Ah! Y las puntas encendidas de sus cigarrillos que, de vez en cuando, iluminaban el rostro del otro.

—Supongo que nunca me perdonará por esto —dijo Jon, sombrío.

—¿Por qué? ¡Si me encanta!

—Es un detalle que lo diga, pero debe estar helada. Tenga, coja mi chaqueta.

Había empezado a sacársela cuando ella dijo:

—Si hace eso, echaré a correr por el bosque y me perderé de verdad.

Jon volvió a ponerse la chaqueta.

—Podía haber sido una de las chicas Blair.

—¿Lo hubiese preferido?

—Por el bien de usted, claro. Por el mío, no. ¡Desde luego que no!

Se miraban el uno al otro de manera que las puntas de sus cigarrillos casi se tocaban. Como veía sus ojos a duras penas, Jon sintió el impulso de pasarle el brazo por encima de los hombros. Parecía un gesto de lo más natural y adecuado en ese momento, pero no lo hizo, por descontado.

—Tome un poco de chocolate —le ofreció ella.

Jon comió muy poquito. El chocolate debía reservarse para la joven.

—Esto es una aventura en toda regla. Está tan oscuro que tendría miedo, de encontrarme sola. Resulta un poco espeluznante.

—Los espíritus de los indios —murmuró Jon—. Aunque yo no creo en los espíritus.

—Creería si hubiese tenido una niñera de color.

—¿La tuvo usted?

—Claro, con una voz tan dulce como el melón. Aún tenemos un viejo de color que fue esclavo de niño. Es el mejor de todos los negros de la zona. Tiene casi ochenta años y el pelo muy blanco.

—Pero no es posible que su padre participara en la Guerra Civil, ¿verdad que no?

—No. Mis dos abuelos, sí.

—¿Cuántos años tiene usted, Anne?

—Diecinueve.

—Yo tengo veintitrés.

—Hábleme de su hogar en Inglaterra.

—Ya no tengo hogar allí.

Y empezó a contar una versión expurgada de su juventud. Le pareció que ella escuchaba muy atenta. A cambio quiso conocer su historia. Y mientras ella la contaba, él se preguntó si le gustaba aquella voz o no. Se extendía y se tragaba las palabras, pero era dulce y tenía encanto. Al terminar su sencillo relato, porque casi nunca había salido de su casa, se hizo el silencio hasta que Jon dijo:

—Sólo son las siete y media. Iré a comprobar que los caballos están bien. Luego, si quiere, podría usted dormir un poco.

Caminó siguiendo el perímetro del túmulo hasta llegar junto a los caballos y se quedó un rato con ellos, hablándoles y acariciándoles el hocico. Un sentimiento cálido y protector se despertó dentro de él. Era una buena chica y muy valiente. Su rostro era de los que se recuerdan, de los que ocultan más de lo que dejan ver. De repente oyó su voz, sin gritar, como si no quisiera llamarlo.

—¡Jon! ¡Oh, Jon!

Regresó tanteando en la oscuridad. Ella le tendió las manos.

—¡Me da tanto miedo! Esos susurros que se oyen... ¡Me han dado escalofríos!

—Se ha levantado un poco el viento. Sentémonos espalda contra espalda, así conservará más el calor. Espere, yo me sentaré con la espalda contra la pared: si usted se apoya en mí, podrá dormirse. Ya sólo faltan dos horas. A la luz de la luna seguiremos camino.

Adoptaron las posturas sugeridas: ella apoyó la espalda contra el costado de Jon y la cabeza en el hueco del brazo con el hombro.

—¿Está cómoda?

—Claro. Y ya no tengo miedo. ¿Peso mucho?

—En absoluto —respondió Jon.

Fumaron y charlaron un rato. Las estrellas brillaban con más fuerza y sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Agradecían el calor que se proporcionaban mutuamente. Jon disfrutaba del aroma, parecido al del heno, que desprendía el cabello de la joven, un poco por debajo de su nariz. Luego se produjo un silencio prolongado, mientras el sentimiento cálido y protector crecía cada vez más dentro de él. Le habría gustado rodearla con sus brazos y acercarla más a él. Pero no lo hizo, por supuesto. Aunque le costó mostrarse como algo cálido y lo bastante impersonal para que ella se reclinase sobre él. Aquella era la primera vez, desde que había salido de Inglaterra, que se sentía inclinado a rodear a alguien con sus bra-

zos, tan escaldado había salido de su anterior relación. Se levantó el viento, habló entre los árboles y volvió a desvanecerse. Estaba más despierto que nunca y le pareció curioso que ella fuese capaz de dormir... porque sin duda estaba dormida, no se movía. Las estrellas titilaban y él levantó la vista para verlas. Los brazos y las piernas empezaban a dolerle y de repente se dio cuenta de que ella estaba tan despejada como él. Giró lentamente la cabeza hasta que Jon pudo verle los ojos: serios y tentadores.

—Peso demasiado —dijo, y se incorporó. Pero el brazo de él la hizo recuperar su postura.

—En absoluto. Lo importante es que usted esté cómoda y no tenga frío.

Ella volvió a acomodar la cabeza y continuaron con la vigilia. Charlaron de cosas sin importancia y Jon pensó: “Tiene gracia. Es posible conocer a gente durante meses sin llegar a conocerla ni la mitad de bien que nos conoceremos nosotros dos después de lo de hoy”.

Se produjo otro largo silencio, pero esta vez él la rodeó con el brazo: los dos estaban más cómodos de esa manera. Y Jon empezó a sentir que sería poco aconsejable que saliera la luna. ¿Sentiría ella lo mismo? No tenía ni idea. Pero aunque así fuera, la luna no les hizo ni caso, porque de inmediato fue consciente de que allí estaba, al acecho entre los árboles, como una especie de brillo tenue e inmóvil que poco a poco se apoderaba del aire y de la tierra, entre los troncos de los pinos.

—¡La luna! —dijo ella.

Pero no se movió y a él se le aceleró el corazón. ¡Así que ella tampoco quería que saliera la luna! Lentamente, el tenue brillo se convirtió en luz que se coló entre los árboles e invadió sus cuerpos hasta que se hicieron visibles. Pero ellos siguieron sentados, sin moverse, como si tuviesen miedo de romper el hechizo. La luna ganó fuerza y esplendor y salió por encima de los árboles. El mundo volvía a estar vivo. Jon pensó: “¿Podría besarla?”, y enseguida retrocedió ante la idea. ¡Seguro que ella no lo deseaba! Pero, como si adivinara sus pensamientos, la joven giró la cabeza y lo miró a los ojos. Él dijo:

—¡Yo la cuidaré!

Ella respondió con un leve suspiro y se puso en pie. Permanecieron un rato así, estirando piernas y brazos y observando el bosque blanqueado, tan misterioso.

—¡Mire, Anne! Es el túmulo. Ese sendero lleva a la hondonada donde merendamos. Ahora podremos encontrar el camino de vuelta sin problemas.

—Sí.

Jon no fue capaz de interpretar el tono con que lo dijo. Pero se acercaron a los caballos, los desataron y montaron. Entre los dos recordarían el camino desde allí. Se pusieron en marcha. Avanzaban uno al lado del otro. Jon dijo:

—Bueno, ha sido una de esas cosas que no se olvidan tan fácilmente.

—Sí, yo siempre lo recordaré.

No dijeron nada más, excepto para consultarse sobre el camino a seguir, pero pronto lo tuvieron claro y fueron a medio galope. Salieron al campo de polo próximo al hotel.

—Entre y tranquilice a su hermano. Yo llevaré los caballos al establo y enseguida me reuniré con ustedes.

Cuando pisó el vestíbulo del hotel, Francis Wilmot, que aún vestía sus ropas de montar, se encontraba solo. Su expresión resultaba de lo más curiosa: no era exactamente hostil, pero tampoco amable.

—Anne ha subido ya —dijo—. Parece que no controla usted mucho los alrededores. Me han dado un buen susto.

—No sabe cuánto lo siento —contestó Jon con humildad—. Olvidé que los caballos tampoco conocían la zona.

—¡Bueno! —comentó Francis Wilmot, y se encogió de hombros. Jon miró al joven fijamente.

—¡No pensará que me perdí a propósito! Porque tiene aspecto de pensarlo.

Francis Wilmot volvió a encogerse de hombros.

—Disculpe, pero ¿no olvida usted que su hermana es una auténtica dama y que los caballeros no se comportan como canallas con las damas?

Francis Wilmot no respondió. Se acercó a una de las ventanas y se quedó mirando hacia fuera. Jon estaba muy enfadado. Se sentó en el brazo de una *chaise-longue*. De repente se sentía muy cansado. Allí se quedó, mirando al suelo con el ceño fruncido. ¡Maldito fuera aquel tipo! ¿Habría molestado a Anne? Porque de ser así, él... Una voz a su espalda dijo:

—Creo que no lo pensé. Le pido disculpas. Ha sido el susto. ¡Venga esa mano!

Jon le tendió la suya de forma impulsiva y se estrecharon la mano mientras se miraban a los ojos.

—Tiene que estar agotado —dijo Francis Wilmot—. Ven-
ga a mi habitación. Tengo una petaca. Ya le he dado un tra-
guito a Anne.

Subieron. Jon se sentó en la única silla que había y Fran-
cis Wilmot en la cama.

—Anne me ha dicho que lo invitó a venir mañana con
nosotros, de vuelta a casa. Espero que nos acompañe.

—Me encantaría.

—¡Estupendo!

Bebieron, charlaron un rato, fumaron.

—Buenas noches —dijo Jon de repente—, o me queda-
ré dormido aquí mismo.

Se estrecharon la mano otra vez y Jon llegó a su cuarto
como pudo. Se durmió al instante.

Al día siguiente, los tres atravesaron Columbia y Char-
leston hasta llegar a la propiedad de los Wilmot. La casa se
alzaba en el recodo de un río rojo, rodeada de campos de
algodón y terrenos pantanosos donde crecían los robles,
melancólicos y adornados con musgo español. Las viejas
dependencias de los esclavos, que ahora se usaban como
casetas para perros, aún seguían en pie. La casa de dos pisos
tenía un tramo de escaleras de madera a cada lado, necesi-
tadas de pintura, y que daban al porche, ancho y cubierto de
glicinias. En el interior, unas habitaciones daban paso a las
otras, en las paredes colgaban los retratos de miembros ya
fallecidos de las familias Wilmot y Freville, y los criados de
color deambulaban, hablando con ese acento suave y arras-
trando las palabras.

Jon no se había sentido tan feliz desde que llegara al Nuevo Mundo, tres años y medio antes. Por la mañana, paseaba con los perros o intentaba escribir poesía, pues los dos Wilmot estaban ocupados. Después del almuerzo, salía a montar con ellos, o sólo con Anne. Por la noche, ella le enseñaba a tocar el ukelele frente a un fuego que se encendía al ponerse el sol, o escuchaba todo lo relacionado con el cultivo del algodón de boca de Francis, con quien, desde aquel breve instante de animosidad, se llevaba muy bien.

Anne y él hablaban poco. Era como si hubiesen retornado al silencio que se había hecho entre ellos mientras permanecían sentados a oscuras, bajo el túmulo indio. Pero él la observaba. La verdad es que intentaba captar esa mirada seria y tentadora de sus ojos. Cada vez le parecía más distinta a las jóvenes que había conocido: más despierta, más callada, más valiente. Los días trascurrieron entre el calor del sol y el aroma nocturno a madera quemada, y sus vacaciones llegaron a su fin. Ya sabía tocar el ukelele y a su música cantaban espirituales negros, canciones de óperas cómicas y otras obras inmortales. Llegó el último día y el desaliento se apoderó de Jon. ¡Al día siguiente, muy temprano, regresaría a Southern Pines y a sus melocotones! Aquella tarde, cabalgando con ella por última vez, el silencio resultó casi forzado y Anne ni siquiera lo miró. Jon subió a cambiarse de ropa con el corazón invadido por el pánico. Ya sabía que quería llevarla consigo y le parecía que ella no querría ir. Cómo iba a echar de menos buscar la mirada de aquellos ojos clavados en él. El deseo de besarla lo dominaba. Bajó de mal humor y ocupó

una *chaise-longue* frente al fuego, mientras acariciaba las orejas de un spaniel y veía cómo se oscurecía la habitación. Tal vez ella ni siquiera se prestaría a que cantaran juntos por última vez. Tal vez sólo tendría la posibilidad de compartir cena y velada con los dos hermanos, sin la más mínima oportunidad de decirle que la amaba y de que Anne le contestara que ella a él no. Muy triste, pensó: “Es culpa mía, soy un idiota que no habla. He desperdiciado todas mis oportunidades”. La habitación se oscureció hasta que sólo se veía el fuego y el spaniel se quedó dormido. Jon también cerró los ojos. Era como si así pudiese esperar mejor a que ocurriera lo peor. Cuando los abrió de nuevo, ella estaba de pie frente a él, con un ukelele en cada mano.

—¿Quiere tocar, Jon?

—Sí —respondió—, toquemos. Será la última vez.

Cogió su ukelele. Ella se sentó en la alfombra, frente al fuego y empezó a afinar el suyo. Jon se acurrucó en el suelo, junto al spaniel, e hizo lo mismo. El perro se levantó y se fue.

—¿Qué cantamos?

—No quiero cantar, Anne. Cante usted, yo la acompaño.

¡Ella no lo miró! ¡No quería mirarlo! ¡Se había terminado! ¡Había sido un idiota!

Anne cantó. Cantó una estrofa romántica sobre las montañas de España. Jon rasgueaba las cuerdas y la melodía le rasgueaba el corazón. Ella terminó la estrofa. Empezó a cantarla de nuevo y sus ojos se movieron. ¡Dios! Lo estaba mirando. ¡No debía notar que él se había dado cuenta! Aquello era demasiado maravilloso: esa mirada oscura y prolongada por

encima del ukelele. Entre los dos, sus ukeleles. Jon dejó caer aquella cosa tan horrible. De repente, se acercó a ella y la rodeó con sus brazos. Sin decir una palabra, la joven apoyó la cabeza en el hombro de él, como cuando se sentaron bajo el túmulo indio. Jon acercó la mejilla al cabello de Anne. Olía a heno, como aquella vez. Y, tal y como ella había girado entonces la cabeza a la luz de la luna, volvió a girarla hacia él. Pero ahora Jon besó sus labios.

La Cuchara de Plata

Una comedia moderna



“¡Oh, pero son tantas las espinas
bajo nuestros pies!”.

Cuento de invierno

PARTE I

I. Un extranjero

EL JOVEN QUE a finales de septiembre de 1924 se apeó de un taxi en South Square, Westminster, resultaba tan discretamente norteamericano que el conductor llegó a dudar si cobrarle o no el doble de la tarifa. El joven no titubeó a la hora de deneársela.

—¿Es que no sabe leer? —dijo con voz suave—. Aquí tiene cuatro chelines.

Dicho lo cual, le dio la espalda y miró hacia la casa ante la que se había apeado. Aquella casa, el primer hogar particular inglés al que se proponía entrar, le provocaba cierta inquietud, como la del hombre que espera desprenderse del fantasma de la familia. Después de comparar una carta con el número cincelado sobre la puerta en bronce muy bruñido, murmuró: “Sin duda es esta”, y llamó al timbre.

Mientras aguardaba a que le abrieran la puerta, fue consciente de la intensa quietud, sólo interrumpida por un reloj

que daba las cuatro, como si fuera la voz del Tiempo personificado. Al desvanecerse la última campanada, la puerta se abrió hacia dentro y un hombre casi sin pelo dijo:

—¿Sí, señor?

El joven se quitó el sombrero de fieltro, dejando al descubierto su cabeza morena.

—¿Es esta la residencia de la señora de Michael Mont?

—Correcto, señor.

—¿Sería tan amable de entregarle mi tarjeta y esta carta?

—Señor Don Francis Wilmot, de Naseby, Carolina del Sur.

¿Me haría el favor de aguardar aquí, señor?

Lo acompañó a la habitación de la derecha y, al entrar, Francis Wilmot fue consciente de que se producía un alboroto en el suelo y unos dientes rasguñaban su pantorrilla.

—¡Dandie! —exclamó la voz del hombre sin pelo—. ¡Eres un diablillo! Este perro se porta muy mal con los desconocidos, señor. ¡Quieto! Lo he visto atravesar las medias de una dama.

Francis Wilmot se fijó con interés en un perro gris perla que mediría unos veinticinco centímetros de alto y casi lo mismo de ancho y que levantaba la cabeza para mirarlo con unos ojos brillantes, situados sobre unos dientes extremadamente bonitos.

—Es el bebé, señor —dijo el hombre sin pelo, señalando una especie de nido en el suelo, frente a la chimenea apagada—. Ataca a la gente cuando está con el bebé. Pero ahora que ya ha olisqueado sus pantalones, no le hará nada. Eso sí, no se acerque al bebé. La señora Mont estaba aquí hace un momento. Le subiré su tarjeta.

Francis Wilmot se sentó en un diván situado en medio de la habitación y el perro se tumbó entre él y el bebé.

Mientras esperaba, el joven miró a su alrededor. La sala estaba pintada en paneles de un dorado apagado y el techo era color plata. Un clavicordio —sombra dorada y pequeña del piano— en un extremo. Candelabros de cristal de roca, cuadros de flores y de una mujer de cuello plateado que columpiaba su falda y dejaba ver sus zapatitos dorados, adornaban las paredes. Las cortinas, de plata y oro. La alfombra plateada resultaba muy suave al pisarla. Los muebles eran de una madera dorada.

De repente, la nostalgia se apoderó del joven y lo hizo regresar a la sala de una vieja casa colonial, situada en un recodo de un solitario río de aguas rojizas en Carolina del Sur. Contemplaba la efigie de su bisabuelo, Francis Wilmot, con su casaca roja, comandante monárquico en la Guerra de la Independencia. Todo el mundo afirmaba que era como el rostro que veía todos los días en el espejo al afeitarse: el cabello oscuro y liso que caía lacio sobre la sien derecha, la nariz y los labios estrechos, la mano delgada y morena sobre la empuñadura de la espada o de la navaja de afeitar, los ojos entrecerrados que miraban fijamente. El joven Francis veía a los negros trabajar en los campos de algodón bajo un sol que no había vuelto a ver desde que llegara. Caminaba con su setter por la margen de los pantanos, donde el musgo español adornaba los árboles, altos y tristes. Pensaba en el patrimonio de los Wilmot, echado a perder durante la Guerra Civil, venido a menos pero aún valioso, y en si debería seguir luchan-

do por mantenerlo o vendérselo al yanqui que quería un refugio de fin de semana al que acudir desde su trabajo en el puerto de Charleston y que lo mejoraría hasta dejarlo irreconocible. Se iba a sentir muy solo allí, ahora que Anne se había casado con ese joven británico, Jon Forsyte, y se había ido al Norte, a Southern Pines. Pensó en su hermana, a la que había perdido, morena, pálida, alegre y muy valiente. ¡Sí! Aquella habitación lo llenaba de nostalgia, tan perfecta que él nunca había visto cosa igual, donde lo único que desentonaba era el perro, que ahora yacía sobre un costado, tan ancho que sus cuatro patitas quedaban en el aire. En voz baja dijo:

—Es la habitación más hermosa en la que he estado jamás.

—¡Qué comentario tan encantador para oír sin querer!

Una mujer joven, de pelo castaño y rizado que rodeaba un rostro de porcelana, con una sonrisa en los labios, nariz recta y pequeña y unos párpados muy blancos de pestañas larguísimas que no paraban de moverse sobre unos ojos color avellana, se encontraba de pie junto a la puerta. Se acercó a él y le tendió la mano.

Francis Wilmot inclinó levemente la cabeza y dijo, muy serio:

—¿La señora de Michael Mont?

—Así que Jon se ha casado con su hermana. ¿Es guapa?

—Sí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Espero que el bebé le haya entretenido.

—Es una monada.

—Sí que lo es. Me han dicho que Dandie le ha mordido.

—Creo que no es más que un rasguño.

—¿No lo ha comprobado? Aunque está muy sano. Siéntese y hábleme de su hermana y de Jon. ¿Se han casado por amor?

Francis Wilmot se sentó.

—Desde luego. El joven Jon es un buen hombre blanco y Anne...

Oyó un suspiro.

—Me alegro mucho. Jon dice en su carta que es infinitamente feliz. Debe quedarse usted con nosotros. Le daremos tanta libertad como guste. Considérenos un hotel.

Los ojos oscuros del joven sonrieron.

—¡Es usted muy amable! Nunca había estado a este lado del Atlántico. La guerra se acabó demasiado pronto.

Fleur sacó al bebé del nido.

—Esta criaturita no muerde. Mire, tiene dos dientes, pero no provocan hostilidad. ¿No es así cómo lo dicen ustedes?

—¿Cómo se llama?

—Kit, de Christopher. Por suerte nos pusimos de acuerdo en cuanto al nombre. Michael, mi marido, llegará enseguida. Es miembro del Parlamento. Hasta el lunes no celebran sesión, por lo de Irlanda, claro está. Por eso llegamos ayer mismo de Italia. Italia es maravillosa: debería verla.

—Disculpe, pero ¿ese reloj que da la hora con tanto escándalo, es el del Parlamento?

—El Big Ben, sí. Les indica el paso del tiempo. Michael dice que el Parlamento es el mejor lastre para el progreso que

se ha inventado jamás. Este año ha resultado especialmente interesante, con nuestro primer gobierno laborista. ¿No le parece enternedora la forma en que este perro cuida de mi bebé? Tiene una mandíbula tremenda.

—¿De qué raza es?

—Es un dandie dinmont terrier. Antes teníamos un pequinés. Fue una tragedia terrible. Le gustaba perseguir a los gatos. Un día atacó a un gato peleón que le clavó las garras en los dos ojos, lo dejó ciego y luego...

El joven se dio cuenta de que los ojos de la mujer brillaban demasiado. Hizo un pequeño ruido y dijo con ternura:

—Qué pena.

—Tuve que redecorar este salón por completo. Antes era chino. Me recordaba demasiado a él.

—Pues este amiguito se comería a cualquier gato.

—Por suerte, se crió entre gatos. Lo compramos por las patas: tiene las de delante tan arqueadas que casi no puede correr, por lo que va al paso del cochecito del bebé. ¡Dan, muéstrale tus patitas!

El dandie la miró e hizo un ruido que indicaba negación.

—Tiene muy mal carácter. Pero, dígame, ¿cómo es Jon? ¿Sigue siendo inglés?

El joven se dio cuenta de que, por fin, ella había expresado aquello que de verdad la preocupaba.

—Sí, pero está muy bien.

—¿Y su madre? Era muy guapa.

—Lo sigue siendo.

—Es lógico. Supongo que ya tendrá canas, ¿no?

—Sí. ¿No la aprecia?

—¡Bueno, espero que no sienta celos de su hermana!

—Creo que, tal vez, no sea usted justa.

—Es posible.

Se quedó muy quieta, con una expresión dura en el rostro, junto a su hijo. Y el joven, consciente de que lo que ella pensaba quedaba fuera de su alcance, se puso de pie.

—Cuando le escriba a Jon —dijo Fleur de repente—, dígame que me alegro muchísimo y que le deseo suerte. Yo no le escribiré. ¿Puedo llamarle Francis?

Francis Wilmot inclinó la cabeza.

—Será un placer, señora.

—Sí, pero usted debe llamarme Fleur. De alguna forma, estamos emparentados.

El joven sonrió y rozó el nombre con sus labios.

—¡Fleur! ¡Qué nombre tan bonito!

—Cuando vuelva, tendrá lista su habitación y, por supuesto, dispondrá de un baño para usted solo.

Wilmot acercó los labios a la mano que se le tendía.

—Es maravilloso —dijo—. Empezaba a sentir nostalgia. Echo de menos el sol.

Al salir, miró hacia atrás. Fleur había dejado al bebé en el nido y miraba al frente fijamente.